

multiplica la generacion de aquellos que nada tienen? Generacion inmensa, que se propaga con una fecundidad formidable en el seno mismo de la miseria; y que en su desnudez horrible se encuentra un día cara á cara con prosperidades rígidas y crueles, las cuales en medio del prodigio de una posesion que deja pasmados hasta los mismos afortunados, ostentan prodigios de egoismo que desesperan á los infelices, dos veces infelices y dos veces desesperados, ya por todo lo que el Progreso material presenta á su vista, ya por todo lo que el egoismo de los hombres quita á sus deseos.

¡O adoradores de una felicidad antifraterna y antisocial que se da á unos cuantos hombres y se defrauda á la humanidad! ¡ah! no seais sordos á mis voces; tiempo es ya de que os recojais en vosotros mismos y mediteis sobre esto: por una parte el capital que sube, y por otra la miseria que aumenta. Por una parte una minoría fastuosa que va cubriéndose cada día mas de oro, de púrpura y de seda; por otra una mayoría necesitada, cuyos andrajos hacen á esas prosperidades contrastes amenazadores. Por una parte, en medio de vuestros capitales, mágnificencias que gritan á grandes voces: ¡El Progreso!; por otra, en el fondo de la sociedad, pobreza, que gritan con dolor, cuando no sea con desesperacion: ¡Decadencia! En una palabra, por una parte el Progreso en la materia; por otra el Progreso en la miseria: hé aquí la realidad que subsiste despues del ensueño que se desvanece. Si lo dudarais, os diria: Formad vuestros guarismos, sacad vuestras estadísticas, comparad aunque sea á cortas distancias una época con otra época. Ved en los mismos puntos del tiempo, en el seno de los mismos pueblos, la indigencia popular que marcha en una proporcion creciente con el desarrollo material; y comprended por fin lo que es hablar de Progreso y haber perdido su verdadero sentido. Comprended el círculo de amenazas que envuelve vuestra prosperidad, vuestra riqueza y á vosotros mismos. Círculo terrible, en el que encerrais junto con vosotros como un leon rugiente al pueblo á quien irrita esa prosperidad, á quien esa abundancia mata de hambre, y que amenazaria devorarlo todo algun día para saciarse, si perseverarais en perseguir como verdadero Progreso esa exageracion de un desarrollo material, que no es mas que el endurecimiento de los corazones y la extincion de la fraternidad.

La tercera condicion del Progreso y el tercer resultado de un crecimiento feliz es *la fuerza*. El Progreso verdadero debe fortificar el sér aun mas de lo que lo dilata y eleva. Para hacer Progresos humanos es preciso hacer al hombre mas fuerte. No quiero insistir sobre este principio, cuyo desenvolvimiento formaria todo un discurso.

Pero ¿cuál es la fuerza que se debe principalmente desarrollar en el hombre? ¿Cuál es en él la fuerza verdaderamente humana y verdaderamente progresiva? Lo que hace el verdadero poder del hombre, no es la fuerza de su cuerpo, es la fuerza de su alma. En esta parte las sociedades son como los hombres: lo que hace su verdadera fuerza, su seguridad, su conservacion y su progreso; lo que las hace capaces de las mayores conquistas y mayores resistencias, no es el desarrollo de la fuerza material, es el desarrollo de la fuerza moral; es la virilidad de las almas y la energía de las voluntades, unidas para la defensa del órden, de la justicia y de la sociedad. Cuando en todos los puntos de un grande imperio se encuentran millones de hombres prontos á levantarse á la primera seña que se les haga, para una defensa legítima ó una conquista generosa, y capaces de gritar en este acuerdo voluntario y en este entusiasmo espontáneo que hace á las naciones invencibles: « Hénos aquí, aquí estamos, dispuestos á morir por la justicia, « por el órden, por el deber, por la felicidad de nuestros hermanos y « por la salud de la patria; » entónces la sociedad es verdaderamente fuerte; y en las crisis mas peligrosas, delante de la invasion extranjera y de la guerra civil, ella se cubre contra todos los tiros con el broquel de su propia fuerza. Pero si al mismo tiempo que la sociedad muestra al exterior esplendores que no la defienden, no lleva en su fondo la única fuerza que la defiende; si miéntras aparece por afuera en la actitud de un gigante, conserva por adentro una flaqueza de niño; entónces temblad por la sociedad: por espléndida que os aparezca, no necesita para desplomarse sino uno de aquellos sacudimientos que el tiempo puede producir á cada paso.

Pues bien, Señores, ¿qué diriais que hace en la sociedad sobre este particular la exageracion del desarrollo material? Debilita la energía de las voluntades, que solo ella hace á los pueblos fuertes. De la misma manera que en vez de la elevacion produce el abatimiento, y en lugar de la expansion de los corazones el endurecimiento, así tambien en

lugar de la fuerza produce el enflaquecimiento de las almas, es decir, lo mas opuesto que hay al verdadero crecimiento del hombre y al verdadero Progreso de la sociedad. Excitando desmedidamente el gusto del bienestar físico, enerva el resorte moral de las sociedades humanas. En una palabra, ella debilita el alma de la sociedad con todos los crecimientos inmoderados que provoca en su cuerpo.

Entónces el equilibrio está roto, el Progreso es imposible, y la decadencia inevitable: porque tal es la fuerza de las cosas, que una sociedad, lo mismo que un hombre, no puede sobrellevar una cierta preponderancia de la vida material sin tender á la decadencia: y así como el hombre pierde la fuerza física perdiendo la salud, así tambien la sociedad pierde la fuerza social que supone los pueblos sanos. Cargada la sociedad de una prosperidad material que mas la compromete que no la protege; mal sostenida por apoyos que parece se doblegan bajo de ella; no puede ménos de inclinarse como la balanza, y amenaza desplomarse bajo el peso que tanto la oprime. El exceso del desarrollo material en la sociedad es como la corpulencia en el hombre: no es una fuerza, sino una debilidad; no es una arma, es una carga; no es una defensa, es un peligro; no es una muestra de salud, es una amenaza de ruina. Esas sociedades cubiertas de seda y chorreando oro, se muestran en el momento de los grandes peligros, de una flaqueza que asombra; y esos pueblos que han exagerado en sí mismos el poder material disminuyendo el poder moral, están amenazados de una ruina tanto mayor, cuanto el Progreso material elevaba mas alto su prosperidad sin apoyo en las almas.

Entónces, para defender á la sociedad amenazada y las instituciones vacilantes, se levanta el Progreso material, se levanta como un gigante; y viendo á los pueblos conmovidos y temblando las autoridades, dice mostrando su fuerza: No os espanteis, yo os defenderé: mirad, aquí tengo mis recursos, mis armas, mis medios de defensa; hé aquí mis cañones y mis bayonetas; hé aquí mis fortalezas y mis armadas; hé aquí mis baluartes; baluartes de tierra y baluartes de hierro, todos los baluartes. Sí, todos; ménos el único que es capaz de defenderlo todo y de salvarlo todo, el baluarte de las almas fuertes y de las voluntades poderosas.

Así es que, cuando la próxima llegada de las grandes catástrofes ha difundido por los aires aquellos rumores sombríos y aquellos presen-

timientos siniestros que todos sienten pasar al rededor de sí, semejantes á aquellos vientos que preceden la tempestad; cuando las doctrinas del error y los hombres de la ruina sacuden, mejor que los dioses de la fábula, los fundamentos de las grandes ciudades; ¿qué es lo que sucede entónces en medio de esas sociedades tan envanecidas de su poder? El espanto se apodera de los corazones; el abatimiento entra en las almas; la energía huye de las voluntades que ya no tienen valor; las armas se caen de las manos que no pueden sostenerlas mas; y todos los baluartes elevados en derredor de la sociedad se vienen á tierra en una hora al impulso de un viento devorador. Hasta el Progreso material, cual espada en manos de un traidor, se vuelve contra todo aquello que debia defender. Los egoismos azorados y cubiertos de palidez huyen del poder que ya no los protege; y pidiendo á las ruinas que los defiendan en su último apuro, gritan al caer á los piés de la victoria: « ¡Ay de los vencidos! »

¡Ah, Señores! ¿quién hay de vosotros, que reconociendo en estas palabras como un eco de nuestra historia, no sienta en sí mismo, aun en medio de la prosperidad presente, una especie de terror secreto? ¿Y qué otra cosa he hecho yo al deciros estas palabras, que dar una voz mas distinta al discurso inarticulado que pronunciáis dentro de vosotros mismos? Prestad atención á vuestra palabra interior, mucho mas poderosa para persuadiros que este discurso exterior. En este silencio con que me escucháis, creo oír la respiración de vuestras almas: ¡Señores, vosotros teneis miedo de alguna cosa!... Sí, en medio de las maravillas de vuestro presente y de las promesas de vuestro porvenir, un temor se mezcla en todas vuestras esperanzas, y el terror está en el fondo de vuestras admiraciones. ¿Qué es esto? ¿Qué? ¿vosotros teneis miedo! ¿y de qué? ¿Hay por ventura alguna cosa, ni en el presente ni en lo pasado, que pueda pareceros mas fuerte que nuestra Francia en 1856? Héos aquí dos veces triunfantes, y dos veces gloriosos por los prodigios de la paz y las maravillas de guerra, entre las conquistas hechas por vuestra espada y las creaciones hechas por vuestro ingenio, teniendo á vuestra izquierda la ruina de Sebastopol y á vuestra derecha la exposicion universal; ¿y no obstante teneis miedo? ¿De dónde viene este temor de la ruina en esta plenitud de recursos? ¿De dónde vienen tantos terrores de decadencia en todos los entusiasmos

del Progreso? ¡Ah! vosotros habeis comprendido que el poder material sin la fuerza moral para sostenerlo no es mas que la prosperidad de los cuerpos suspendida sobre el vacío de las almas. La necesidad de vivir y el instinto de la conservacion, mas fuertes todavía que el entusiasmo del Progreso, os gritan del fondo de vosotros mismos y del fondo de las cosas, que en el día de los grandes peligros nada de lo que os fascina, podria salvaros. La riqueza no os salvaria; el capital no os salvaria; vuestras estadísticas no os salvarian; vuestras exposiciones no os salvarian; en una palabra, vuestro Progreso material no os salvaria; porque nada de lo que él produce es suficiente para garantizaros contra los peligros á que expone; y porque destruyendo con su preponderancia el equilibrio de las fuerzas sociales, él mismo se arma contra vosotros del poder que despliega en medio de vosotros.

Y ved ahí que os he dicho adonde la exageracion del Progreso material conduce á la humanidad: al abatimiento, al endurecimiento, al enflaquecimiento, es decir, á la decadencia. Por lo que, Señores, sin repudiar nada de vuestras legítimas invenciones, sin echar ningun anatema á ese desarrollo material sobre el cual diré todo el pensamiento del cristianismo y todo el deber de los cristianos; permitidme que os diga á voz en grito ántes de concluir: Guardáos bien de exagerar el Progreso; guardáos bien de dar al Progreso inferior el rango de un Progreso superior; guardáos bien de ir tras el Progreso de la materia como si fuera el Progreso del hombre. Sí, guardáos de este error: yo os lo pido por mi amor para con vosotros; este error es de aquellos que convierten las sociedades mas brillantes en Babilonias, condenadas á la ruina por su propia magnificencia; y es de temer que condenase nuestra prosperidad á perecer como Baltasar en medio de su embriaguez y con la copa de oro en la mano.

CONFERENCIA QUINTA.

EL PROGRESO MATERIAL DELANTE DEL CRISTIANISMO.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR,

En mi última Conferencia he procurado determinar cuál es el valor relativo del desarrollo material en el conjunto del Progreso humano, y cuáles son las consecuencias reales de su exageracion.

El desarrollo material tiene un valor en el Progreso humano, porque tiene una funcion; y este valor es relativo al puesto que ocupa en la jerarquía de las facultades humanas y de las fuerzas sociales. Pero la materia no está en el hombre ni en lo alto, ni en el medio, sino en lo bajo; y por consiguiente el Progreso material no puede salir del rango de un Progreso inferior sin romper el equilibrio humano y el equilibrio social. Nuestro siglo falta á esta grande ley de orden, de conservacion y de progreso: tanto por sus aspiraciones mas generales, como por su movimiento mas universal tiende á elevar el Progreso inferior al rango del Progreso superior; y en especial para las multitudes sorprendidas por las maravillas que brillan al exterior, el desarrollo material no es solamente una faz y una faz infima del Progreso, es el Progreso mismo. El hecho contemporáneo contradice al orden de la naturaleza; el movimiento del siglo miente á la ley de las cosas, y exagera, es decir, desarrolla desmedidamente el Progreso material.

Ahora bien, la exageracion del Progreso material produce tres vicios radicales que se oponen á la marcha del Progreso, y abre el camino á la decadencia. Ella produce el decaimiento del pensamiento, el endurecimiento de los corazones, y el enflaquecimiento de las voluntades;